
Sopla la brisa del Golfo. Es un alivio para el calor de la tarde, cuando la transpiración no abandona la piel ni por un momento. Mauricio mira dentro de la lata y un asomo de náusea aflora en su garganta. Eso que sostiene en la mano es el obsequio que les hicieron en el mercado, aunque iban dispuestos a pagar 20 centavos, como las otras veces, por las tripas de pollo.

Dejaron las bicicletas atrás, en los médanos donde finaliza la carretera parchada por sorprendivos espejos de agua; el chubasco duró tres minutos, se fue con el viento y dejó un vahído esfumándose entre las volutas de vapor. El camino, invadido por la arena, concluye ante una placa que es otro espejismo: BAGDAD. El caserío, mitad balneario y mitad villa de pescadores, fue barrido por el huracán de 1899. De aquello perdura solamente una historia divertida: cuentan que un par de cayucos fueron a caer en Harlingen, al otro lado del río. Sólo quedó la leyenda y los paisanos todavía ríen al imaginar a esos dos colectores de ostión que despertaron borrachos en mitad del chaparral tejano. La inscripción permanece ahí como ofrenda de la tragedia; “el 99”, que le llaman. No hubo so-

breviviente alguno, y si lo hubo huyó muy pronto para poder contarlo. Que había un rancho de cocoteros, que un muelle largo y una docena de cayucos. Nada quedó. Y muy poco, también, en Galveston al norte.

Ahora Puerto Bagdad es una placa de bronce homenajando a esa comunidad perdida en mitad de la borrasca. Algunos intentan reinventar su traza, adivinar una arquitectura de travesaños y dinteles porque de vez en cuando los paseantes en la desembocadura del río Bravo hallan algún vestigio que se convierte en trofeo. Una cadena de siete eslabones, una botella verde, una cafetera carcomida por el salitre. Son los tesoros de Bagdad.

—Hoy lo intentaremos más abajo.

—Tú mandas, primo —responde Mauricio prometiéndose no mirar más, en lo posible, las vísceras.

Jamás imaginó que los despojos de un pollo pudieran servir para eso. Por fin llegan a la orilla del estuario, un sitio que no es río ni mar ni playa, y proceden a repetir la faena de la víspera. En el extremo del cordel sujetan un trozo de tripa y auxiliados por una tuerca a modo de plomada lanzan el sedal hacia los remansos de la ciénaga. No usan anzuelos, ni red, ni fisgas. Así esperan, con el agua en las rodillas, hasta que la línea comienza a tironear.

—Mientras no lleguen, como ayer —dice Mauricio al rascarse con la mano libre el antebrazo.

—No mientras sople la brisa —comenta su primo ladeándose el sombrero para enfren-
tar la rabia del sol—. Además esta vez traje ci-
garros; el humo es el mejor repelente contra los
zancudos.

Mauricio parece no escucharlo. Permanece abstraído ante una bandada de pelícanos que se desliza a ras del agua. Son cuatro y su vuelo majestuoso le arranca un suspiro. En la ciudad no hay pájaros admirables como esos. Es la primera vez que el muchacho visita el mar, aunque imaginaba algo diferente y no esa playa cenagosa barrida por los arrebatos de la brisa. De cualquier manera está contento.

—Oye Richi, ¿cuántos “chacales” fueron los de ayer? —pregunta al observar la bandada que vira hacia oriente y se aleja con esporádicos aleteos. “Catorce”, sabe que responderá su primo.

—¿No te acuerdas? —contesta Richi, aunque odia el sobrenombre—. Catorce, y ni los quisiste probar.

—No tenía hambre —miente—, hoy sí me comeré una docena de langostinos —exagera.

El muchacho mayor sonríe satisfecho:

—A ver, a ver... —comenta al tirar lentamente del cordel—, parece que ya cayó el primer bandido.

De la captura de la víspera Ricardo atrapó la mayor parte. Su primo, horrorizado por el aspecto de los crustáceos, los dejaba escapar

mientras se balanceaban ante sus ojos. Ricardo se exasperaba: no que su primo no le simpatizara, ni que esas expediciones dejaran de ofrecer nuevas sorpresas, pero el hecho era que la visita de Mauricio, del todo imprevista, le había echado a perder las vacaciones.

“Vendrá tu primo, el de la ciudad, me acaba de avisar tu tía Minerva en un telegrama. Que estará aquí varias semanas mientras ellos arreglan sus... problemas. Quiero que seas amable con él, Richi. Le pondremos el catre en tu pieza”, había anunciado su madre y ahora el asustadizo muchacho tiraba, con pulso nervioso, del cordel.

—Creo que viene un chacal —dijo. “O dos”, pensó por la resistencia del avío.

—No lo vayas a columpiar una hora hasta que escape —le advirtió Ricardo—. Apenas veas que está fuera del agua, échalo rápido al bote.

Mauricio no repuso nada. Iba a repetir aquello de “tu mandas, primo”, pero le pareció demasiado infantil. Ricardo había prometido que esa noche, si no los llevaban al cine, le mostraría en secreto una revista prohibida. La película que pasaban en la Sala Lemus era *Tarzán en las minas del Rey Salomón*.

Siguió tirando del sedal mientras observaba cómo su primo alzaba ese crustáceo marrón atenazado a la tripa de pollo. Lo llevaba hasta la embocadura de la segunda lata donde el langostino, sacudido levemente, terminaba por

soltarse. Mauricio jaló su cordel con cierta lasitud. “Escápate, escápate”, le suplicaba mentalmente al sentir aquel tironeo aproximándose por el fondo del estero. Más tarde, al fuego, los “chacales” perdían ese aspecto fangoso y en cosa de segundos adquirían una tonalidad anaranjada, aunque saltaban de pronto en la sartén, untados con mantequilla, como si protestando con súbitos chirridos de vapor.

Su tío laboraba como agente aduanal y era el que más celebraba ese “manjar de reyes”, como él lo llamaba, sorbiendo ruidosamente los caparzones. “Y tú, Mauricio, ¿no vas a probar?”, invitaba tras degollar al bicho.

—No tengo mucha hambre; mejor un vaso de leche. —Y el tío, con los bigotes pringosos, devoraba dos raciones.

Alzó el extremo del cordel y la sorpresa fue doble. “¡Jaiba!”, anunció su primo al reconocerla en la distancia, porque era cierto: el cangrejo era de buen tamaño y ésa era la causa de la tenaz resistencia bajo el agua. Richi sostuvo la plomada y acercó el bote al crustáceo, pero rebotó en el envase. Al caer al agua, que les llegaba a los tobillos, el bicho emprendió la huida a pesar de que Richi trató de impedirselo. No lo hubiera hecho:

—¡Ahh, jija de su madre! —exclamó pues una mordida de aquella pinza le rebanó medio pulgar, que ya comenzaba a sangrar escandalosamente.

—¡Pendejo! —lo regañó su primo—, ¿por qué la dejaste escapar?

Mauricio no supo qué responder. El problema era que todo había resultado demasiado vertiginoso; la jaiba, las tripas de pollo, su encuentro con el mar, el viaje en autobús, las lágrimas de su madre en aquella discusión nocturna; esas dos noches en que no regresó papá.

Recuperó su cordel y buscó el botecito donde guardaban la carnada. Ató el cebo en silencio y le imprimió varios giros de honda hasta proyectarlo lejos, donde el río no les sostenría los pies.

—¿Te duele mucho?

—No —se jactó Ricardo, que era cuatro años mayor—. La maldita morderá la línea otra vez y volveré a atraparla. La partiré en dos con mi navaja —porque eso era lo que llevaban en la mochila: una navaja herrumbrosa, una cantimplora con agua de limón, y dos hules por si los sorprendía la lluvia. Siguió chupándose la herida antes de permitir que restañara al sol.

No habían hecho otra cosa en la semana: matar langostinos en el estuario de Bagdad, matar mosquitos a punto del sueño, matar la sed y matar el tiempo mientras paseaban en bicicleta levantando polvo por las calles del poblado. Matar.

Era la segunda ocasión que se veían, de hecho, en sus vidas. La vez anterior había sido en una fiesta familiar (ambos conservaban las fotos del pastel de siete velas), pero ya no recordaban a qué habían jugado.

Mauricio había despertado antes del alba. Permaneció revolviéndose entre las sábanas hasta

que se hartó de su aspereza. Abandonó el catre y fue a orinar en la penumbra. Intentó reconocer los murmullos de la hora, ¿cómo se llamaban aquellos insectos chirriando en el rastrojal que se extendía más allá del patio? Se refrescó la cara en el lavabo y supo que jamás tendría ésa ni muchas otras respuestas. Se acomodó en la mesa de la cocina y extendió una hoja que había hurtado en el despacho de su tío. El papel estaba membretado con las señas de la agencia aduanal. "Importaciones R. Medina". No veía a su madre desde el sábado pasado y ahora le escribiría una carta. Había mucho que contarle, mucho que decirle de su gran cariño y la nostalgia que sentía por el olor de sus manos. Anotó la fecha y después inició con una frase que le pareció cierta, extraordinaria, insuperable: "Mamá; está amaneciendo". Después, nada.

Nada hasta que lo sorprendieron las primeras luces de la mañana y su tía que llegaba a moler café. El niño cabeceaba sobre la hoja de papel y la mujer pareció vislumbrar una lágrima furtiva, pero no quiso indagar. "Mauricio, ¿me ayudas a partir las naranjas?"

Menos mal que esta vez no olvidó su cachucha. Era de los *Dodgers*, un recuerdo de su padre en los constantes viajes de negocios que emprendía, aunque estaba ya un tanto deslavada. La canícula apretaba y era necesario, de rato en rato, refrescarse la nuca con el pañuelo empapado. Además que la corriente de agua, imperceptible apenas, les templaba los pies.

Mauricio alzó la vista y reconoció, no lejos de ahí, a los cuatro pelícanos deslizándose en el aire. Venían de retorno, seguramente, porque siempre estamos de retorno... pensó el niño al imaginarse abrazando a su madre, ese delantal percutido que olía a perejil y sí, ¿eso le contaría en la carta apenas iniciada y que guardaba en el bolsillo! "Mamá; está amaneciendo. Los pelícanos van y vienen por encima del agua, como pájaros de misterio". No; habría que ser más precisos: escribirle "mar" en vez de "agua". Entonces sintió el primer tirón en la línea.

En ocasiones los bagres tragaban el cebo y era un jugueteo asqueroso, eso de tirar del señuelo, que no tenía anzuelo, y arrebatárles del buche el trozo de tripa. Así llegaban, pululando en trance predatorio, hasta los pies mismos de los muchachos, donde el cardumen por fin se dispersaba. Mauricio jaló el cordel y sintió que se tensaba, atorado posiblemente en una roca sumergida. Volteó a mirar a su primo, pero en ese momento Richi recuperaba su línea, palmo a palmo, hasta extraer un par de langostinos prendidos al extremo del sedal. Los crustáceos parecían no percatarse del engaño, entregados al regocijo providencial, hasta que uno y otro soltaron por fin sus pequeñas tenazas. Cayeron dentro del recipiente de lata donde iniciaron un zafarrancho de coletazos apenas comprobar que eso no era, ni remotamente, el lecho fangoso del estero.

—Oye, primo... ya se me atoró.

Ricardo no oyó, o hizo como que no oyó. Miraba con gesto satisfecho a los bichos acomodándose en la sombra del bote.

—Richi, que ya se me atoró el sedal; te digo.

El mayor llevó el recipiente hasta donde descansaba la otra lata, la de las tripas de pollo, y desde ahí preguntó con cierto fastidio:

—¿Se atoró o lo atoraste?

“Cuál es la diferencia”, se preguntó Mauricio y para demostrarlo tiró de la línea hasta tensarla igual que una cuerda de guitarra.

—¡Déjala, déjala, la vas a reventar igual que ayer! —lo regañó su primo, que ya lo alcanzaba con semblante molesto—. Sólo a ti te ocurren estos accidentes.

—Es la mala suerte —se defendió Mauricio. “Mamá; está amaneciendo. Los pelícanos van y vienen por encima del mar, como pájaros de misterio”, sí, pero qué más—. Oye primo, ¿dónde queda la oficina de correos?

—Qué, ¿vas a pedir dinero para los gastos que ocasionas? —soltó Richi, y arrepentido ya trató de enmendarse: —¿Extrañas mucho a tu hermana? ¿Quieres mandarle una carta? Yo te llevo mañana, está a la vuelta del mercado.

Mauricio aflojó la línea. Lo más seguro, como el día anterior, sería que la cortaran con la navaja oxidada y se perdieran aquellos metros de valioso sedal que, como decía el carrete, era “MADE IN JAPAN”. ¿Qué necesidad había, después de todo, de atrapar a esos pobres crustáceos

hurgando inmundicias en el fondo del estero? "Acompáñame, primo; ya verás. Es muy divertido".

—Lo que pasa es que... —¿se lo diría?—. Lo que pasa es que todavía no escribo la carta. A lo mejor esta noche.

El primo Ricardo pulsó la línea y le dio un par de tirones, pero el cordel seguía anclado en un punto no lejos de ahí. Esbozó una mueca reflexiva, como aquilatando el riesgo y la necesidad. Luego soltó con la sonrisa:

—Debe estar amarrada a un palo de sabino —adelantó—. Cuando las tormentas revientan río arriba, la creciente los arranca allá, en Valadeces y en Reynosa.

—Yo qué iba a saber.

Sopesando la tensión entre el pulgar y el índice, el primo Ricardo lo decidió en ese momento:

—Qué pues, voy por ella y me regreso. Sirve que así no perdemos la línea y seguimos dándoles carrilla a los infelices.

En cosa de minutos el primo Richi se desprendió de la ropa. Acomodó el bulto en la duna donde resguardaban los zapatos y guiado por el cordel fue adentrándose en la albufera. Habían pedaleado más de una hora por la carretera salpicada de espejos de agua, recordando que en casa los esperaban a merendar con el crepúsculo. Ellos, machacado con huevo, y el tío, si todo salía bien, una docena de langostinos asados con ajo y salsa inglesa. La película de Tarzán era pro-

yectada en dos funciones y bien podrían ir a la tanda de las ocho.

—¿No está muy hondo? —preguntó Mauricio al observar que el agua ocultaba el ombligo de su primo.

—No mucho... aunque dicen que lo más profundo tiene como diez metros. Así que si me ahogo —bromeó salpicando con la mano libre—, te dejo el bat y mi colección de viejas encueradas.

Mauricio recordó que su padre tenía varias de esas revistas y, según había medio escuchado en la última discusión, el problema era una mujer, otra mujer, “esa mujer” cuyo retrato viajaba inexplicablemente en su cartera y había resbalado al pagar la cuenta en la nevería.

—Ten cuidado —le dijo, pero un golpe de brisa pareció llevarse sus palabras.

Ahora el agua le llegaba a los hombros. Mauricio no sabía nadar, y ésa era su vergüenza. En la ciudad no había demasiados balnearios, y en casa ni demasiadas vacaciones ni demasiado dinero para esos lujos. Si acaso un par de patines rotos y una bicicleta demasiado pequeña que ahora usaba su hermana. Y lo más triste, que no había visto un velero, uno solo, como los de las enciclopedias. ¿Eso era el mar?

—¡Ya mero! —le gritó Richi en medio del caudal—. ¡Es aquí abajo! —insistía al empuñar el sedal en la mano izquierda.

Ojalá y ya hubieran cambiado la programación del cine Lemus. Esa mañana, rumbo al

mercado, habían descubierto los carteles anunciando el estreno de *Moby Dick*. Había que matar a esa ballena monstruosa y no a los pobres negritos esclavizados por el hombre blanco y sus ansias de diamantes, *bwana, bwana...*

El grito llegó con el viento. Qué.

Su primo manoteaba en la distancia, resbalaba, se hundía en la corriente. “Se está ahogando”, pensó Mauricio. “No lo podré salvar.”

Era lo que había estado a punto de confesarle. Que no sabía nadar y que quería aprender, pero Richi ya no estaba a la vista. ¿Cómo se lo explicaría a su tío Ricardo, a su tía Evangelina? “Se ahogó y no pude sacarlo.” Ahí no estaba más que el Bravo, su caudal sinuoso arrastrando remolinos y reflejos verdes. Ese olor a marisma caliente. Grande, “río Grande”, le llaman del otro lado.

Un pataleo en la distancia. Como que Richi no podía sacar la cabeza. ¡Un cocodrilo!, adivinó. “¡Se lo está llevando el cocodrilo!”

Eso había contado su tío en la merienda; que el domingo anterior un agente aduanal, de apellido Retama, avistó un enorme caimán en Isla Larga. Y luego la historia aquélla del elefante perdido entre los breñales.

—¡Una hebilla!

Ahí estaba, de nueva cuenta, su primo Ricardo. No se había ahogado y ahora asomaba con ese extraño grito que ya repetía.

Regresó demudado, pálido, con la mirada perdida. Tenía la piel erizada a pesar del calor

abrasante. “Se salvó de milagro”, pensó Mauricio, “ahora me recriminará por no intentar auxiliarlo”.

—¿Te atacó el cocodrilo?

En vez de responder el primo Richi se tumbó en la playa. Le temblaban la quijada, los dedos de las manos, los muslos húmedos bajo el sol. Permanecía con la vista perdida en las ondas rutilantes del caudal, absorto en ese remoto anuncio al otro lado del estuario donde un tigre sonriente recomendaba la marca ESSO. Entonces se mordió el dorso de la mano, un gesto absurdo a todas luces. Se irguió sobre la arena y volvió a repetir:

—Una hebilla. La línea se atoró en una hebilla...

—¿Una hebilla?

—¡Entiende, Mauricio! ¡Hay un ahogado en el río!

—Un qué —el muchacho pensó en su habitación, su cama, sus banderines del club Sultanes, su pequeño escritorio donde había pegado las “tablas” difíciles, la del 8 y la del 9, su padre discutiendo toda la madrugada mientras su madre trataba de no llorar, no gritar, no llamarlo “bestia sexual”. ¿Qué era eso? “Ocho por siete, cincuentayséis; ocho por ocho, sesentaycuatro; ocho por nueve...”

—Un muerto, imbécil. ¿No oyes? Ahí adentro está un pinche muerto.

Eso era.

—¿Un ahogado?

El primo Ricardo ya no respondió. Volteó el tórax hasta alcanzar su camisa, que empleó

para secarse la cabellera. Después la sacudió en tres, cuatro trapazos, como castigando al aire. La encimó nuevamente sobre la duna:

—Debe ser un mojado —trató de explicar. —Lo habrá tragado un remolino, o se habrá enredado con los lirios. A cada rato llegan arrastrados por las crecientes... Pero flotan; no como éste.

¿De qué estaba hablando? ¿Un mojado ahogado? Mauricio le ofreció un gesto de incierta satisfacción. “Ah sí, claro”. Fue a la mochila y hurgó hasta dar con la cantimplora. Se la ofreció a Richi, que empezó a beber con avidez. Antes del alba la tía Evangelina había preparado la limonada y los emparedados de atún. “Un mojado es un mojado”, se dijo Mauricio al aceptar de retorno la cantimplora. Le dio un sorbo.

—Prefieren cruzar el río de noche, y ése es el problema. Como llevan ocupadas las manos con el bulto de ropa, cuando pisan una poza... —Richi detuvo el relato, estornudó. —Es decir, dan el primer trago de agua que terminará por ahogarlos. No logran llegar al otro lado y la corriente los arrastra como costales de serrín. Algunas veces los zopilotes son quienes se encargan de localizarlos, inflados y prietos, en los carrizales. Pero éste...

—Este no flota —concluyó Mauricio.

—Sí; es lo raro.

“¿Estás seguro?”, iba a preguntarle, pero el rostro descompuesto de su primo lo hizo de-

sistir. ¿Cómo, un muerto bajo el agua? ¿No sería otra cosa? Una tortuga, un saguaro, la llanta de un tractor... En eso los distrajo un chasquido, y luego otro. Eran el par de langostinos reaccionando al calor en el fondo de la lata. Ahora quién pensaba en ellos.

—Oye, Ricardo —la duda lo atormentaba—. ¿Y es un ahogado, o una ahogada?

El muchacho se llevó una mano al rostro y se estrujó los párpados.

—No sé —debió reconocer—. Me imagino que un hombre, por lo de la hebilla, pero podría ser... —aceptó nuevamente el ofrecimiento de la cantimplora. Bebió un trago largo. Que la limonada se llevara todo, la terrible sorpresa bajo el agua y ese espectro amortajado por el fango que lo perseguiría por siempre. Comenzó a hipar.

—¿Estás seguro, primo? —Mauricio recordó la reciente pesadilla: un perro que lo despertaba, le preguntaba dónde quedaba la perrera municipal, le advertía que estaba rabioso y no quería morder a nadie, a nadie y a ti menos, “¿sabes por qué?”. Pero no hubo respuesta cuando despertó jadeando a las tres de la madrugada y el perro se iba, estaba y no estaba, se esfumaba en la irrealidad de la penumbra—. A veces imaginamos cosas, Richi. ¿No podría ser una hebilla suelta, perdida, de cuando el huracán?

—Ojalá, pero no creo. La plomada del sedal, de *tu* sedal, quedó enredada precisamen-

te en el cinturón del ahogado. Vieras qué susto... —se estremeció horrorizado—. Creo que podríamos traer al cuetero para sacarlo.

Al percibir la extrañeza en los ojos de su primo, debió explicar:

—Los “cueteros” son los que pescan con dinamita. Lanzan un petardo al río y otros esperan corriente abajo para recoger los peces reventados. Una vez sacaron así a un niño que se ahogó en la presa Falcón. Un niño estúpido porque... ¿a quién se le ocurre meterse sin saber nadar?

—Sí, ¿verdad?

—A los gringos no les gusta esa técnica. Nada más oyen las explosiones y llegan luego con sus pangas a regañar a los “cueteros”. Que eso no se puede hacer en la línea fronteriza.

Mauricio se levantó de la duna y comenzó a desnudarse en silencio. Guardó la carta inconclusa en su mochila.

—Ándale, Richi, te ayudo a sacarlo porque si vas por el “cuetero” la corriente terminará por llevarse a *nuestro* ahogado —y como si fuera una ocurrencia—: ¿Verdad que no está muy hondo?

—Tú me viste. A ti el agua te llegará, cuando mucho, al pescuezo —y sonriendo por primera vez en mucho rato, añadió—. Supongo que no estarás pensando en ahogarte. ¿O sí, enano?

—La que saldría ganando es Violeta: le tocaría la recámara toda para ella sola. Anda, te ayudo Richi, tú sabes dónde quedó.

—Tráete, pues, el cinto de la mochila. Para algo nos servirá.

En calzoncillos y guiados por el sedal que se tendía hacia el fondo del estuario, los muchachos se fueron introduciendo en el agua. Ricardo iba primero, sondeando el avance. La línea adquiriría cada vez un ángulo más cerrado, hasta que de pronto Richi pareció tropezar. Soltó el sedal y avisó con solemnidad:

—Aquí está.

Mauricio permanecía varios pasos atrás, con el agua cubriéndole la mitad del pecho. Luego de sucesivas inmersiones, bufando apenas asomar a la superficie, el primo Ricardo por fin anunció:

—Ya estuvo. Le amarré las patas con el cinto... bueno, los pies.

¿Sería todo aquello cierto? Tarzán, por lo menos, jamás se vería metido en una aventura como ésa. Lo suyo eran las altas lianas del Congo, según lo demostraba el intrépido Johnny Weissmuller, el idioma de los chimpancés, *kriga, kriga, bundolo...*

—Lo zafé de un tronco donde estaba atorado —añadió su primo con una mueca de asco, luego propuso: —Mira, voy tirando con una mano y tú dame la otra para no perder el paso.

En cosa de minutos lograron retornar a la orilla. Habían arrastrado aquel cuerpo ingravido bajo el agua pero que, conforme iba asomando a la superficie, aumentaba su lastre. Finalmente emprendieron el último tramo, en un

solo tirón, porque el cadáver pesaba, entonces sí, como un saco de papas.

No tuvieron reposo. Apenas soltar el bulto quedaron doblemente ateridos al observar que el ahogado llevaba envuelta la cabeza con una bolsa del *Seven-Eleven*. Calzaba un zapato puntia-gudo, llevaba camisa de tipo "hawaiano" (aunque el fango le había arrebatado los colores), y lo más sorprendente de todo: amarrada al cinto, arrastraba una plancha eléctrica.

Los primos contemplaban con horror el cadáver cuando de pronto, empujando la bragueta abierta, asomaron dos jaibas que saltaron a la arena y emprendieron la huida hacia el caudal. Richi no lo soportó más, retrocedió varios pasos y comenzó a vomitar en ruidosas arcadas.

Mauricio, sin embargo, permanecía fascinado. El occiso parecía esconder algo más que su horrible muerte. ¿Tendría un nombre, una canción favorita, una madre que le horneara pasteles el día de su cumpleaños? Era imprescindible quitarle la bolsa de plástico. Un hombre sin rostro no es nadie, se dijo Mauricio, "o mejor, es *nadie*". Eso comentó mientras Ricardo salía del incómodo trance:

—Yo creo que es un artista —y se corrigió—. Que *era* un artista del teatro, del circo o del cine. ¿Ya le viste las uñas?

Su primo, sin embargo, no sentía la misma curiosidad. En ese momento la marea obsequiaba un rulo de agua, y con él se enjuagó el rostro.

—Todos los ahogados son iguales —lo aleccionó—. Eso se llama “cianosis”: las uñas moradas por falta de oxígeno... Apártate, pendejo, ¿No te da asco?

Mauricio reaccionó con parsimonia. Comenzó a retroceder pero sin quitar la vista de esos despojos apoderados ya por el resplandor solar. “Cianosis”, se repitió al recordar que al año siguiente su primo estudiaría medicina veterinaria.

—¿Por qué se habrá puesto esa bolsa en la cabeza?

Ricardo soltó una carcajada nerviosa. Buscó su camisa.

—Sí, ¿verdad? Qué ahogado tan güey—. Comenzó a vestirse mientras la brisa le agitaba la cabellera, pero luego reconsideró: —Mira primo, yo creo que el asunto está muy raro. Lo mejor será dar aviso a la policía ahora mismo, no vayan luego a echarnos una acusación.

—Pero si nosotros lo salvamos... es decir, lo rescatamos —Mauricio buscaba también su ropa—. ¿Acusarnos de qué?

—No sé de leyes, pero en estos casos hay que avisar. Antes de que vengan los zopilotes o salgan las jaibas a seguirselo merendando. Hay que avisar —insistió con fatalidad.

Mauricio observaba el arroyo, apenas perceptible, que escurría a lo largo del surco dejado por el cadáver.

—Oye, nadie podría pensar que nosotros lo ahogamos, ¿verdad Richi? —y siguió aboto-

nándose la camisa—. Digo, cuando vengan los policías y los periodistas.

Ricardo pareció sopesar estas palabras. Lanzó un vistazo de repulsa al muerto, que ya despedía hilos de vapor. Insistió:

—Oye, tengo una idea —tardó en ordenar sus pensamientos—. Me voy volando en la bicicleta para pedir ayuda... y tú te quedas vigilando al tipo. ¿Sale?

El menor hizo un ademán ambiguo. Qué remedio.

—Regreso, a lo mucho en una hora... Contigo, además, tardaríamos el doble, ¿y quién se encargaría de cuidarlo?

El primo Ricardo terminó de atarse los zapatos. No dijo más. Palmeó la espalda al pequeño y emprendió la carrera hacia las dunas donde habían dejado las bicicletas. A medio camino se detuvo, gritó algo que devoró el viento, de modo que Mauricio sólo alcanzó a escuchar:

—...que te puedes infectar.

Lo miró alejarse por la carretera. Una silueta fugaz que muy pronto asimiló la bruma del horizonte. Ya no había nada que hacer, nada sino esperar. Buscó nuevamente el rastro de su primo, pero en la distancia las reverberaciones engullían la tarde. Alzó la cantimplora y la agitó con ánimo esperanzado. Quedaba limonada suficiente para dos tragos, así que volvió a guardarla en la mochila. “Te puedes infectar... ¿de ahogamiento?”, pero no tuvo ánimo de reír. Un

ahogado por día, después de todo, es más que suficiente. Lo mejor será reposar, se dijo, y terminó por tumbarse en la arena. Recostarse, cubrirse la cara con la cachucha, intentar una siesta ahora que el sol inicia su descenso.

Habían salido por una docena de langostinos y regresaban con una plancha amarrada al cinturón de un cadáver. ¿Cómo se lo contaría a Violeta, su hermana, que había llorado sin consuelo en el cine cuando Blanca Nieves caía envenenada por la bruja? Comenzó a sudar. Si se quitaba la cachucha el sol le ardería el rostro porque, encima de todo, no había una sola sombra en los alrededores. Además, cuando no hay nada qué hacer no hay nada que... ¿Y ese ruido?

Era como un parloteo. Alguien que se queja. El corazón de Mauricio comenzó a palpar agitadamente. Murmullos que intentan pasar desapercibidos. ¿Quitarse la cachucha para comprobar que el ahogado se había arrancado, también, la bolsa de la cara? ¿Cómo era que *no* se les había ocurrido comprobar que el ahogado estuviera muerto! Ahora se acercaría para indagar qué había ocurrido.

—¿Tú me sacaste del río?

No quitarse nunca la cachucha. Eso sería lo mejor, ¡claro que sí! Permanecer ahí toda la vida, acostado en la arena, sufriendo el calor abrasante de mediodía y las borrascas heladas de febrero. El ahogado, en cambio...

Se irguió resollando. Al caérsele la cachucha se percató de que ciertamente no estaban

solos. Los murmullos, entonces, habían sido de ese lado de la pesadilla. Eran dos cuervos que habían aterrizado sobre el pecho del occiso, picoteando aquí y allá para averiguar los accesos a esa mole de carne en descomposición. Mauricio suspiró aliviado. Aquellos pajarracos lo miraban con recelo, y apenas sacudirse el pantalón saltaron para emprender el vuelo.

Hubiera querido acercarse al tipo. Quitarle ese lienzo del rostro, soltar la incómoda plancha amarrada a la cintura, intentar que sus brazos obedecieran a la posición de “firmes”, como los lunes temprano en la ceremonia de honores a la bandera. Eso era lo más patético del ahogado: sus brazos a medio alzar, como si intentara asirse a una barda o esperar el lance de un balón de playa.

—¡Cáchala, cáchala campeón! —le gritó como si estuviera a punto de atrapar un *hit*, el último de la novena entrada, pero el ahogado perdió la oportunidad y dejó pasar el batazo, como le había ocurrido a Mauricio dos semanas atrás en el torneo escolar.

Sobre su cabeza sobrevoló nuevamente la bandada de los cuatro pelícanos. Se deslizaban contra la brisa, uno tras otro, para depositarse luego en mitad del estuario. El chico envidió ese tránsito majestuoso, ellos que no sabían de gritos a media noche ni cadáveres a los que había que custodiar. Los pajarotes guardaban las alas mientras ahí, en la ribera, el sol de agosto irritaba a las cigarras que ya lanzaban su estridor en oleadas de aturdimiento.

Entonces Mauricio se percató de que más al norte, junto al río, se alzaba un grupo de palmeras. Sin pensarlo demasiado se encaminó hacia el lugar, no sin levantar primero la mochila. “Que alguien se lleve al muerto, no hay problema, pero la mochila no”, se dijo, porque ahí guardaba la carta inconclusa a su madre. Minutos después alcanzó el oasis y por fin, bajo las sombras combinadas, se recostó con alivio. Intentó adivinar los aromas que arrastraba la brisa del Golfo. Abrió la mochila, buscó la cantimplora y al primer trago supo que aquello se había cocido al sol. Un líquido tibio, amargo, “como de orines de gato”, pensó. Definitivamente el sol no servía más que para descomponerlo todo: cadáveres, idas al cine y limonadas. Le quedaba, al menos, el frescor de ese remanso. Empapó su pañuelo en el espejo de agua que había dejado la lluvia junto al tronco donde reposaba y se remojó la cara. “Un lujo que no se podrá dar el ahogado”, se dijo al respaldarse en la palmera. Allá, al otro lado del río, el tigre del anuncio le guiñó un ojo.

Lo despertó el rumor mecánico del bote. ¿Había pasado una hora? *Bop bop bop bop bop...* Era un agente fronterizo, con sombrero vaquero, gafas de sol y pistolera al cinto, que navegaba muy cerca del punto donde habían sacado al muerto. Seguramente los zopilotes en carrusel habían delatado al cadáver y ahora el gendarme permanecía ahí, con el motor en neutral, husmeando. *Bop bop bop bop bop...* Nunca se lo

perdonaría Richi: que se hubieran llevado al muerto en sus propias narices. Fue una reacción casi instintiva. Echó la carrera y estuvo a punto de perder la cachucha. Llegó jadeando y cayó en la cuenta de lo ridículo de la situación porque el agente ya lo saludaba en inglés tratando de explicarse el cuadro.

—Lo encontramos, lo encontramos en el agua —advirtió— ...mi primo y yo. Ricardo. No vaya a creer que...

El guardia fronterizo accionó la reversa para reposicionar el bote. Algo le contestó, nuevamente en inglés, pero Mauricio no conocía ese idioma. Si acaso algunos rudimentos de cuando la educación preescolar. “Lápiz *pencil*, pluma *pen*...”

—Ya estaba el muerto —lo señaló—. Lo sacamos del agua. *Water, water*, ahí lo hallamos, mi primo y yo. *My uncle*, Ricardo... ¡No, perdón!, mi *cousin*. Se fue por ayuda. *Help. Help* —y señalaba hacia el camino más allá de los médanos. Matamoros, la justicia, su tía Evangelina que iba diariamente a misa de siete.

El agente parecía confundido. Desembarcar en suelo extranjero equivaldría a cometer el delito que él mismo perseguía. Se animó a dictaminar:

—*Him must be a wetback, but...* —y le hacía una señal obvia: ¿qué era ese paño envolviéndole la cabeza?

—No sé. Se lo juro que no sé. Así lo sacamos porque nosotros, *my cousin* y yo, andábamos pescando chacales, cuando... *Fishing. Fishing* —alzó el botecito de lata donde guardaban los langostinos.

El vigía desesperaba. Ciertamente estaba en la banda del territorio mexicano, pero esos metros que lo distanciaban de la playa le daban una cierta autonomía. Meneó la cabeza con gesto resignado y volvió a proferir algo que Mauricio tampoco entendió. Indicó a los buitres, aposentados en un médano cercano, y repitió aquello que concluía con una palabra más o menos conocida: *dinner*. Cambió la marcha en ralentí, *bop, bop, bop...*, y alzando la mano se despidió al acelerar el fuera de borda.

Allá iba el agente fronterizo remontando la corriente del río *Grande*. Mauricio se consoló. No había visto un solo velero, como los de las películas, pero guardaba la imagen de esa nave surcando el estero, “igualita a una lancha de carreras”, le exageraría a su hermana Violeta. Entonces se asomó en el botecito de los chacales y lo que descubrió le dio una pista de lo que es el paso del tiempo. Los pequeños crustáceos estaban muertos, reventados por el calor, sus pinzas abiertas como buscando apresar una pizca de humedad. Entonces había pasado más de una hora dormitando bajo las palmeras. Tal vez dos, y el ahogado era una piltrafa cocinándose con el sol de la tarde.